

J. D. Salinger

El guardián entre el centeno

Traducción de Carmen Criado

Alianza Editorial

Título original: *The Catcher in the Rye*

Los derechos para lengua española han sido negociados con el J. D. Salinger Literary Trust
a través de International Editors & Yañez Co., Agencia Literaria,
Barcelona, España.

Traducción de Carmen Criado, revisada en 2006
Quinta edición: 2018
Cuarta reimpresión: 2024

Diseño de cubierta: Estrada Design

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

Copyright © 1945, 1946, 1951 by J. D. Salinger
Copyright renewed ©1973, 1974, 1979 by J. D. Salinger
© de la traducción, revisada: Carmen Criado, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-941-8
Depósito legal: M. 27.057-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
17	Capítulo 2
29	Capítulo 3
41	Capítulo 4
51	Capítulo 5
57	Capítulo 6
65	Capítulo 7
73	Capítulo 8
81	Capítulo 9
89	Capítulo 10
101	Capítulo 11
107	Capítulo 12
115	Capítulo 13
127	Capítulo 14
135	Capítulo 15
145	Capítulo 16
155	Capítulo 17
169	Capítulo 18

177	Capítulo 19
187	Capítulo 20
195	Capítulo 21
205	Capítulo 22
215	Capítulo 23
223	Capítulo 24
237	Capítulo 25
257	Capítulo 26

Para mi madre

Capítulo 1

Si realmente les interesa lo que voy a contarles, probablemente lo primero que querrán saber es dónde nací, y lo asquerosa que fue mi infancia, y qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y todas esas gilipolleces estilo David Copperfield, pero si quieren saber la verdad no tengo ganas de hablar de eso. Primero porque me aburre y, segundo, porque a mis padres les darían dos ataques por cabeza si les dijera algo personal acerca de ellos. Para esas cosas son muy susceptibles, sobre todo mi padre. Son *buena gente* y todo eso, no digo que no, pero también son más susceptibles que el demonio. Además, no crean que voy a contarles toda mi maldita autobiografía ni nada de eso. Sólo voy a hablarles de unas cosas de locos que me pasaron durante las Navidades pasadas, justo antes de que me quedara bastante hecho polvo y tuviera que venir aquí y tomármelo con calma. Quiero decir que a D.B. tampoco le he contado más, y eso que él es mi hermano y todo. Está en Hollywood. Como eso no queda muy lejos de este antro, suele venir a verme casi todos los fines de semana. Él será quien me lleve a casa cuando salga de aquí, quizá el mes que viene. Acaba de comprarse un Jaguar. Uno de esos cacharros ingleses que se ponen como a trescientos kilómetros por

hora. Casi cuatro mil dólares le ha costado. Ahora tiene un montón de pasta. Antes no. Cuando vivía en casa era sólo un escritor normal. Por si no saben quién es, les diré que ha escrito un libro de cuentos estupendo, *El pececillo secreto*. El mejor del libro es «El pececillo secreto». Trata de un niño que tiene un pez y no se lo deja ver a nadie porque se lo ha comprado con su dinero. Me dejó sin habla. Ahora D.B. está en Hollywood, prostituyéndose. Si hay algo que odio en el mundo es el cine. Ni me lo nombren.

Empezaré por el día en que salí de Pencey. Pencey es un colegio que está en Agerstown, Pennsylvania. Probablemente habrán oído hablar de él. En todo caso, probablemente habrán visto la propaganda. Se anuncia en miles de revistas, siempre con un tío con pinta de pez gordo montado en un caballo y saltando una valla. Como si en Pencey no se hiciera otra cosa que jugar todo el tiempo al polo. Yo no vi un caballo por allí ni una sola vez. Y debajo de la foto del tío a caballo siempre dice: «Desde 1888 moldeamos muchachos transformándolos en hombres magníficos y de mente clara». Bobadas. En Pencey se moldea igual que en cualquier otro colegio. Y yo no conocí a nadie allí ni magnífico ni de mente clara. Quizá dos tíos. Como mucho. Y probablemente ya eran así cuando llegaron a Pencey.

Bueno, pues era el sábado del partido de fútbol contra Saxon Hall. En Pencey se suponía que el partido contra Saxon Hall era una gran cosa. Era el último del año y se suponía que tenías que suicidarte o algo así si no ganaba el equipo de Pencey. Me acuerdo que hacia las tres de aquella tarde estaba yo en lo más alto de Thomsen Hill, junto a ese cañón de locos de la Guerra de la Independencia y todo eso. Desde allí se veía todo el campo y se veía a los dos equipos embistiéndose el uno al otro por todas partes. No se veía muy bien la tribuna, pero sí se oían los gritos, sonoros y tremendos los del lado de Pencey, porque estaba allí prácticamente todo el colegio menos yo, y debilu-

chos y como amariconados los del lado de Saxon Hall, porque el equipo visitante por lo general nunca se traía mucha gente.

En los partidos de fútbol no solía haber muchas chicas. Sólo los más mayores podían traerlas. Por donde se le mirase era un asco de colegio. A mí los que me gustan son esos sitios donde al menos puedes ver unas cuantas chicas de vez en cuando, aunque sólo estén rascándose un brazo, o sonándose la nariz, o hasta sólo riéndose o algo así. Selma Thurmer —la hija del director— iba a los partidos con bastante frecuencia, pero no era exactamente el tipo de chica como para volverte loco de deseo. Aunque era bastante simpática. Una vez fui sentado a su lado en el autobús de Agerstown y nos pusimos a hablar un rato. Me cayó muy bien. Tenía la nariz grande, las uñas todas comidas y como sanguinolentas, y llevaba en el pecho unos postizos de esos que apuntan en todas direcciones, pero daba un poco de pena. Lo que me gustaba de ella es que nunca te venía con esa gilipollez de lo fenomenal que era su padre. Probablemente sabía qué clase de palurdo farsante era.

Si yo estaba en lo alto de Thomsen Hill en vez de abajo en el partido, era porque acababa de volver de Nueva York con el equipo de esgrima. Yo era el puñetero jefe del equipo. Vaya cosa. Habíamos ido a Nueva York aquella mañana para un encuentro de esgrima con el Colegio McBurney. Sólo que no hubo encuentro. Me dejé los floretes, el equipo y todo lo demás en ese maldito metro. No fue culpa mía del todo. Había tenido que levantarme todo el rato para mirar el plano y saber dónde teníamos que bajarnos. Así que volvimos a Pencey hacia las dos y media en lugar de a la hora de la cena. Los tíos del equipo me hicieron el vacío en el tren durante todo el viaje de vuelta. La verdad es que dentro de todo tuvo bastante gracia.

La otra razón por la que no estaba abajo en el partido era porque iba a despedirme de Spencer, mi profesor de historia. Tenía la gripe y

pensé que probablemente no volvería a verle antes de que empezaran las vacaciones de Navidad. Me había escrito una nota en la que decía que quería verme antes de que me fuera a casa. Sabía que no volvería a Pencey.

Me he olvidado de decírselo. Me habían expulsado. Se suponía que no volvería después de las vacaciones de Navidad porque me habían suspendido en cuatro asignaturas y no me aplicaba ni nada. Me advirtieron varias veces para que me aplicara —sobre todo antes de los exámenes de mitad de semestre, cuando mis padres vinieron a hablar con Thurmer—, pero no lo hice. Así que me expulsaron. En Pencey expulsan a los chicos con mucha frecuencia. Tiene un nivel académico muy alto, Pencey. De verdad.

Bueno, pues era diciembre y todo eso y hacía un frío que pelaba, sobre todo en lo alto de aquella estúpida colina. Yo sólo llevaba mi chaqueta reversible y ni guantes ni nada. La semana anterior alguien se había llevado de mi cuarto mi abrigo de pelo de camello con los guantes forrados de piel metidos en los bolsillos y todo. Pencey era una cueva de ladrones. Muchos de los chicos eran de familias de mucho dinero, pero aun así era una cueva de ladrones. Cuanto más caro el colegio, más ladrones, en serio. Bueno, pues ahí estaba yo junto a ese cañón de locos mirando el partido y helándome el culo. Sólo que no me fijaba mucho en el partido. Si seguía allí era por ver si me entraba una sensación de despedida. Quiero decir que me he ido de un montón de colegios y de sitios sin darme cuenta siquiera de que me iba. Y me revienta. No me importa que sea una despedida triste o que sea una despedida desagradable, pero cuando me voy de un sitio me gusta *saber* que me voy. Si no, te da más pena todavía.

Tuve suerte. De pronto pensé en una cosa que me ayudó a saber que me largaba de allí. Me acordé de una vez, en octubre o por ahí, en que yo, Robert Tichener y Paul Campbell estábamos lanzándonos

un balón delante del edificio académico. Eran buenos tíos, sobre todo Tichener. Faltaba muy poco para la cena y ya era bastante de noche, pero nosotros seguíamos dándole al balón. Cada vez estaba más oscuro y ya casi ni podíamos verlo, pero no queríamos dejar de hacer lo que estábamos haciendo. Al final tuvimos que dejarlo. El profesor de biología, el señor Zambesi, se asomó a una ventana del edificio y nos dijo que volviéramos al dormitorio y nos arregláramos para la cena. Si consigo recordar una cosa de ese tipo, puedo tener la sensación de despedida cuando la necesito, por lo menos la mayoría de las veces. En cuanto la tuve, me di la vuelta y eché a correr cuesta abajo por la ladera opuesta de la colina en dirección a la casa de Spencer. No vivía dentro del recinto del colegio. Vivía en la avenida Anthony Wayne.

Corrí hasta la puerta de la verja y esperé allí un segundo hasta que recobré el aliento. No tengo nada de fuelle, si quieren saber la verdad. Por una parte, porque fumo mucho, es decir, fumaba. Me han obligado a dejarlo. Y por otra, porque el año pasado crecí dieciséis centímetros. Por eso también estuve a punto de coger la tuberculosis y vine aquí a que me hicieran esas malditas pruebas y cosas de esas. Aunque estoy bastante sano.

Bueno, pues en cuanto recuperé el aliento crucé a todo correr la Carretera 204. Había muchísimo hielo y por poco me caigo. Ni siquiera sé por qué corría, supongo que sólo porque me apetecía. Después de cruzar la carretera me sentí como si estuviera desapareciendo. Era una de esas tardes de locos, horriblemente frías y sin sol ni nada, y te sentías como si estuvieras desapareciendo cada vez que cruzabas una carretera.

Jo, no me di prisa ni nada en tocar el timbre de la puerta en cuanto llegué a casa de Spencer. Estaba completamente helado. Me dolían las orejas y casi no podía mover los dedos.

—Vamos, vamos —casi dije en voz alta—. Que abra alguien la *puerta*.

Al final la abrió la señora Spencer. No tenían criada ni nada y siempre abrían la puerta ellos mismos. No tenían mucha pasta.

—¡Holden! —dijo la señora Spencer—. ¡Qué alegría verte! Entra, hijo. Debes de estar helado.

Me parece que se alegró de verme. Le caía bien. Al menos eso creo.

Jo, lo deprisa que entré en aquella casa.

—¿Cómo está usted, señora Spencer? —dije—. ¿Cómo está el señor Spencer?

—Dame el abrigo —me dijo. No me había oído preguntarle por el señor Spencer. Estaba un poco sorda.

Colgó mi abrigo en el armario del recibidor y yo me eché el pelo hacia atrás con la mano. Por lo general, lo llevo cortado a cepillo y nunca tengo que peinármelo mucho.

—¿Cómo está usted, señora Spencer? —volví a decirle, sólo que más alto, para que me oyera.

—Muy bien, Holden. —Cerró la puerta del armario—. Y *tú*, ¿cómo estás?

Por cómo me lo preguntó supe enseguida que Spencer le había dicho que me habían expulsado.

—Bien —le dije—. ¿Cómo está el señor Spencer? ¿Se le ha pasado ya la gripe?

—¿Pasársele? Holden, se está portando como un perfecto... yo que sé qué... Está en su habitación, hijo. Pasa.

Capítulo 2

Cada uno tenía su propia habitación y todo. Tenían los dos como setenta años y hasta puede que más. Pero se lo pasaban bomba con sus cosas, un poco a lo tonto, claro. Pensarán que lo digo con mala idea, pero no lo digo con mala idea. Sólo quiero decir que solía pensar en Spencer a menudo, y que si pensabas *demasiado* en él, empezabas a preguntarte para qué demonios seguía viviendo. Quiero decir que estaba encorvado y en una postura horrible, y en clase, si se le caía la tiza cuando estaba en la pizarra, siempre tenía que levantarse un tío de la primera fila a recogerla y dársela. A mí eso me parece horrible. Pero si pensabas en él sólo lo suficiente y no *demasiado*, podías entender que no lo pasaba tan mal. Por ejemplo, un domingo que fui a su casa con otros tíos a tomar un chocolate, nos enseñó una manta navajo toda raída que él y su mujer le habían comprado a un indio en el parque de Yellowstone. Se notaba que Spencer se lo había pasado bomba comprándola. Eso es lo que quiero decir. Imagínense a un tío más viejo que Matusalén como Spencer, por ejemplo, y resulta que puede pasárselo bomba comprándose una manta.

Tenía la puerta abierta, pero aun así llamé un poco con los nudillos para ser educado y todo eso. Podía ver dónde estaba sentado. Es-

taba sentado en un gran sillón de cuero, envuelto en la manta de la que acabo de hablarles. Cuando llamé, me miró.

—¿Quién es? —gritó—. ¡Caulfield! ¡Entra, muchacho!

Fuera de clase, siempre estaba gritando. A veces te ponía nervioso.

En cuanto entré, me arrepentí un poco de haber ido. Estaba leyendo el *Atlantic Monthly*, había pastillas y medicinas por todas partes y olía a gotas nasales Vicks. Era bastante deprimente. La verdad es que los enfermos no me vuelven loco. Y lo que hacía todo aún más deprimente era que Spencer llevaba puesto un albornoz tristísimo, todo zarrapastroso, que probablemente ya llevaba cuando nació o algo así. No me gusta mucho ver a viejos ni en pijama, ni en albornoz. Siempre se les ve el pecho todo lleno de bultos, y las piernas, esas piernas de viejo que se ven en las playas y en sitios así, todas blancas y sin pelos.

—Cómo está, señor —le dije—. Me han dado su nota. Muchas gracias.

Me había escrito una nota para decirme que, como no iba a volver, fuera a despedirme de él antes de que comenzaran las vacaciones.

—No tenía que haberse molestado. Habría venido a despedirme de todos modos.

—Siéntate ahí, muchacho —dijo Spencer.

Se refería a la cama. Me senté.

—¿Cómo está de la gripe?

—Muchacho, si me sintiera un poco mejor, tendría que llamar al médico —dijo Spencer.

Se hizo una gracia tremenda. Empezó a reírse como loco. Al final se enderezó y me dijo:

—¿Cómo es que no has ido al partido? Creía que hoy era el día del gran partido.

—Lo es. Iba a ir. Pero es que acabo de volver de Nueva York con el equipo de esgrima —dije. Jo, esa cama era más dura que una piedra.

De pronto empezó a ponerse más serio que un demonio. Sabía que lo haría.

—Así que nos dejas, ¿eh? —dijo.

—Sí, señor. Eso parece.

Empezó a asentir con la cabeza como hacía siempre. Nunca en su vida han visto a nadie asentir tanto con la cabeza. Y nunca sabías si lo hacía porque estaba pensando y todo eso, o sólo porque no era más que un vejete que ya no distinguía el culo de las tómporas.

—¿Qué te dijo el señor Thurmer, muchacho? He sabido que tuvisteis una larga conversación.

—Sí, es verdad. Es verdad. Me pasé en su despacho como dos horas, creo.

—¿Y qué te dijo?

—Oh... pues que la vida *es* como una partida y todo eso. Y que hay que jugarla de acuerdo con las reglas. Estuvo muy amable. Vamos, que no se puso como una fiera ni nada. Sólo dijo muchas veces que la vida es una partida y todo eso. Ya sabe.

—La vida *es* una partida, muchacho. La vida *es* una partida que uno juega de acuerdo con las reglas.

—Sí, señor. Ya lo sé. Lo sé.

De partida, un cuerno. Menuda partida. Si te toca en el lado de los peces gordos, desde luego que es una partida, lo reconozco. Pero como te toque en el *otro* lado, donde no hay ningún pez gordo, ¿qué tiene eso de partida? Nada. De partida, nada.

—¿Ha escrito ya el señor Thurmer a tus padres? —me preguntó Spencer.

—Dijo que iba a escribirles el lunes.

—¿Te has comunicado ya con ellos?

—No señor, aún no me he comunicado con ellos porque probablemente les veré el miércoles por la noche cuando vuelva a casa.

—¿Y cómo crees que se tomarán la noticia?

—Pues... se enfadarán bastante —dije—. Se enfadarán seguro. He ido ya como a cuatro colegios.

Meneé la cabeza. Meneo mucho la cabeza.

—¡Jo! —dije. También digo «jo» muchas veces. En parte porque tengo un vocabulario pobrísimo, y en parte porque a veces me comporto como si fuera más joven de lo que soy. Entonces tenía dieciséis años y ahora tengo diecisiete, pero a veces parece que tuviera trece. La verdad es que es bastante paradójico, porque mido un metro ochenta y siete y tengo canas. De verdad. Todo un lado de la cabeza —el derecho—, lo tengo lleno de millones de canas. Las tengo desde que era un crío. Y sin embargo a veces me comporto como si tuviera doce años. Lo dice todo el mundo, sobre todo mi padre. Y en parte es verdad, pero no del *todo*. La gente siempre cree que algo es verdad del *todo*. Me importa un cuerno, sólo que a veces me aburre que me digan que me porte como corresponde a mi edad. A veces me comporto como si fuera mucho mayor de lo que soy —de verdad—, pero de eso no se da cuenta nadie. La gente nunca se da cuenta de nada.

Spencer empezó a asentir otra vez con la cabeza. Empezó también a meterse el dedo en la nariz. Hacía como si sólo se la estuviera pellizcando, pero la verdad es que se metía el dedo gordo hasta arriba. Supongo que pensaba que no importaba porque sólo estaba yo en la habitación. A mí no me importaba, sólo que da bastante asco ver a alguien hurgándose la nariz.

Luego dijo:

—Tuve el placer de conocer a tus padres hace unas semanas, cuando vinieron a hablar con el señor Thurmer. Son encantadores.

—Sí. Son buena gente.

«Encantadores.» Me revienta esa palabra. Es de lo más falsa. Me dan ganas de vomitar cada vez que la oigo.

De pronto pareció como si Spencer fuera a decirme algo estupendo, agudo como un estilete. Se incorporó en su sillón y se removió un poco. Pero fue una falsa alarma. Todo lo que hizo fue coger el *Atlantic Monthly* que tenía en las rodillas y tratar de tirarlo encima de la cama a mi lado. Falló. Estaba sólo a cinco centímetros de distancia, pero falló. Me levanté, lo recogí y lo dejé en la cama. De pronto me entraron unas ganas terribles de salir a todo correr de aquella habitación. Sentía que se me venía encima un sermón horrible, y no es que me molestara mucho la idea, pero no me apetecía aguantar el sermón y oler a gotas nasales Vicks y ver a Spencer con su pijama y su albornoz todo al mismo tiempo. De verdad que no.

Pero, tal como me lo estaba temiendo, empezó.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo Spencer. Y para su modo de ser lo dijo con bastante mala leche—. ¿Cuántas asignaturas llevas este semestre?

—Cinco, señor.

—Cinco. ¿Y cuántas has suspendido?

—Cuatro.

Moví un poco el culo en la cama. En mi vida me había sentado en una cama tan dura.

—En Lengua he aprobado —le dije—, porque todo eso de Beowulf y «Lord Randal, hijo mío» lo había dado ya en Whooton. En Lengua no he tenido que estudiar casi nada. Sólo escribir una redacción de vez en cuando.

Ni siquiera me escuchaba. Casi nunca te escuchaba cuando decías algo.

—Te he suspendido en Historia por la sencilla razón de que no sabías absolutamente nada.

—Lo sé, señor. Jo, que si lo sé. No ha sido culpa suya.

—Absolutamente nada —repitió.

Eso sí que me saca de quicio. Que alguien te diga una cosa dos veces cuando tú ya lo has reconocido a la primera. Pues él lo dijo *tres* veces.

—Absolutamente nada. Dudo que hayas abierto el libro una sola vez en todo el semestre. ¿Lo has abierto? Dime la verdad, muchacho.

—Verá, lo he hojeado un par de veces —le dije. No quería herirle. Le volvía loco la historia.

—Conque lo has hojeado, ¿eh? —dijo, y de lo más sarcástico—. Tu, ah, *examen* está ahí, sobre la cómoda. Encima de ese montón. Tráemelo, por favor.

Fue un golpe bajo, pero me levanté a cogerlo y se lo llevé. No tenía otro remedio. Luego volví a sentarme en aquella cama de cemento. Jo, no saben lo arrepentido que estaba de haber ido a despedirme de él.

Empezó a manosear mi examen como si fuera una plasta de vaca o algo así.

—Estudiamos los egipcios desde el cuatro de noviembre hasta el dos de diciembre —dijo—. Fue el tema que *elegiste* de las preguntas opcionales. ¿Quieres oír lo que pusiste?

—No, señor. No mucho —dije.

Pero lo leyó igual. No hay quien pare a un profesor cuando se empeña en hacer una cosa. Van y lo hacen.

Los egipcios fueron una antigua raza caucásica que habitó una de las regiones del norte de África. África, como todos sabemos, es el continente mayor del hemisferio oriental.

Tuve que quedarme allí sentado y *escuchar* toda esa basura. De verdad que fue un golpe bajo.

Capítulo 2

Los egipcios son extremadamente interesantes para nosotros por diversas razones. La ciencia moderna no ha podido descubrir aún cuáles eran los ingredientes secretos que utilizaban los egipcios cuando vendaban a sus muertos para que la cara no se les pudriera durante innumerables siglos. Ese interesante misterio continúa siendo un desafío para la ciencia moderna del siglo xx.

Paró de leer y dejó mi examen. Casi estaba empezando a odiarle.

—Tu *ensayo*, por llamarlo de alguna manera, acaba ahí —dijo con una voz de lo más sarcástica. Parecía mentira que un vejete así pudiera ponerse tan sarcástico y todo eso—. Sin embargo, me escribiste una nota al pie de la página —dijo.

—Ya lo sé —le dije. Lo dije muy deprisa para ver si le paraba antes de que se pusiera a leer *aquello* en voz alta. Pero no había quien le parara. Se había disparado.

Estimado señor Spencer [leyó en voz alta]. Esto es todo lo que sé sobre los egipcios. No he logrado interesarme mucho por ellos, aunque sus clases son muy interesantes. No le importe suspenderme porque voy a suspender todo menos Lengua. Respetuosamente, Holden Caulfield.

Dejó mi maldito examen y luego me miró como si acabara de machacarme en una partida de ping-pong o algo así. Creo que nunca le perdonaré que me leyera aquella basura en voz alta. Yo no se lo habría leído si lo hubiera escrito *él*, de verdad. Para empezar, sólo le habría escrito aquella maldita nota para que no se sintiera tan mal al suspenderme.

—¿Me culpas por suspenderte, muchacho? —dijo.

—No señor. Claro que no —dije. Habría dado cualquier cosa porque hubiera dejado de llamarme «muchacho» todo el tiempo.

Cuando acabó con mi examen quiso tirarlo sobre la cama. Sólo que, naturalmente, volvió a fallar. Tuve que levantarme otra vez para recogerlo y ponerlo encima del *Atlantic Monthly*. Es un *aburrimiento* tener que hacer eso cada dos minutos.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —dijo—. Dímelo sinceramente, muchacho.

Se le notaba que le daba bastante pena suspenderme, así que me enrollé un buen rato. Le dije que yo era un verdadero imbécil y todo eso. Le dije que en su lugar habría hecho exactamente lo mismo y que muy poca gente se daba cuenta de lo duro que es ser profesor. Ese tipo de cosas. Las tonterías habituales.

Lo gracioso es que mientras me enrollaba, estaba pensando en otra cosa. Vivo en Nueva York y pensé en el lago que hay en Central Park, cerca de Central Park South. Me pregunté si estaría helado cuando llegara a casa, y, si lo estaba, adónde irían los patos. Me pregunté adónde irían los patos cuando el lago se helaba y la superficie del agua se congelaba. Me pregunté si vendría un hombre a recogerlos en un camión para llevarlos a un zoológico o algo así. O si sólo se irían ellos a algún sitio volando.

Tengo suerte. Quiero decir que pude enrollarme con Spencer y, al mismo tiempo, pensar en esos patos. Tiene gracia. Cuando hablas con un profesor no tienes que pensar demasiado. Pero de pronto me interrumpió mientras me enrollaba. Siempre te estaba interrumpiendo.

—¿Qué *piensas* de todo esto, muchacho? Me interesa mucho saberlo. Mucho.

—¿Se refiere a que me hayan expulsado de Pencey y todo eso? —le dije. Habría dado cualquier cosa porque se tapara el pecho lleno de bultos. No era un panorama muy agradable.

—Si no me equivoco, creo que también tuviste dificultades en el Colegio Whooton y en Elkton Hills.

Eso no lo dijo sólo con sarcasmo, sino también con bastante mala intención.

—En Elkton Hills no tuve muchas dificultades —le dije—. No me suspendieron ni nada de eso. Me fui yo... más o menos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Por qué? Verá. Es una historia muy larga de contar. Quiero decir que es bastante complicada.

No tenía ganas de contarle toda la historia. De todos modos no lo habría entendido. No encajaba con su mentalidad. Una de las razones por las que había dejado Elkton Hills fue porque allí estaba rodeado de tíos falsísimos. Eso es todo. Los había a patadas. Por ejemplo, el director, el señor Haas, era el desgraciado más falso que he conocido en toda mi vida. Diez veces peor que Thurmer. Los domingos, por ejemplo, Haas se dedicaba a dar la mano a todos los padres que venían al colegio. Simpatiquísimo y todo eso. Menos si un chico tenía unos padres con pinta un poco rara. Deberían haber visto cómo trataba a los padres de mi compañero de habitación. Quiero decir que si la madre de un chico era como gorda, o como hortera, o algo así, o si su padre era uno de esos tíos que llevan un traje de esos con muchas hombreras y unos zapatos horteras blancos y negros, Haas sólo les daba la mano y les echaba una sonrisita falsa y se iba a hablar como *media* hora con los padres de otro chico. No aguanto ese tipo de cosas. Me sacan de quicio. Me deprimen tanto que me sacan de quicio. Odiaba ese maldito Elkton Hills.

En ese momento Spencer me preguntó algo, pero no le oí. Estaba pensando en Haas.

—¿Qué? —le dije.

—¿No tienes remordimientos por tener que dejar Pencey?

—Sí, claro que tengo remordimientos. Claro que sí... pero no muchos. Por lo menos todavía no. Creo que aún no lo he asimilado.